

10ª REUNION — 9ª SESION ORDINARIA

Presidencia del doctor **RAMON S. CASTILLO**,
Vicepresidente de la Nación

Senadores presentes: Alberto Arancibia Rodríguez, Mario Arenas, Herminio Arrieta, Ricardo Caballero, Raúl Ceballos Reyes, Atanasio Eguiguren, Francisco R. Galíndez, Héctor González Iramain, Laureano Landaburu, Eduardo Laurencena, Lúcio López Peña, Juan José Lubary, José Heriberto Martínez, Alfredo L. Palacios, Robustiano Patrón Costas, Jorge J. Pinto, Guillermo Rothe, Antonio Santamarina, Carlos Serrey, Juan R. Vidal.

Senadores ausentes, con licencia: Alberto Francisco Figueroa, Gilberto Suárez Lago.

Senador ausente, con aviso: Matías G. Sánchez Sorondo.

Senadores ausentes: Aldo Cantoni, Juan B. Castro, Juan Cepeda, Manuel García Fernández, Benjamín Villafañe.

SUMARIO

1.—Asuntos entrados:

I.—Comunicación de la Cámara de Diputados.

II.—Despachos de comisión.

III.—Peticiones.

2.—A indicación del senador Rothe, se destina a estudio de las comisiones de Justicia e Instrucción Pública y de Presupuesto y Hacienda, el proyecto de ley, sobre edificación escolar.

3.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Legislación General, en el proyecto de

ley, en revisión, por el que se crea la Caja de jubilaciones y pensiones de periodistas. Queda pendiente

—En Buenos Aires, a los veintitrés días del mes de junio de 1939, siendo la hora 16 y 5 minutos, dice el

Sr. Presidente. — Queda abierta la sesión.

1

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente. — Se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

I

Comunicación de la Cámara de Diputados

Nota informando que acepta la invitación del Senado para celebrar una sesión de Asamblea en homenaje del presidente electo del Paraguay, general José Félix Estigarribia. *(Al archivo.)*

II

Despachos de comisión

RELACIONES EXTERIORES, CULTO Y BENEFICENCIA:

En el mensaje del Poder Ejecutivo aprobando la donación de un terreno por el gobierno paraguayo en la ciudad de Asunción.

—En el mensaje del Poder Ejecutivo, comunicando la vacancia de la arquidiócesis de San Juan de Cuyo.

—Al orden del día.

III

Peticiones

La Federación Argentina de Cooperativas de Consumo, invita al Senado a la inauguración de la exposición cooperativa que tendrá lugar el 23 del corriente, a las 18 horas, en el salón de exposiciones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. *(Al Archivo.)*

Sr. Presidente. — Quedan invitados los señores senadores.

María Teresa y Lidia Benjamina Loza, solicitan pensión civil. *(A la Comisión de Peticiones.)*

— Pánfila S. Velázquez y Angela María Rivas Céspedes, solicitan pensión militar. *(A la Comisión de Guerra y Marina.)*

2

MOCION

Sr. Rothe. — Pido la palabra.

En la Comisión de Instrucción Pública se encuentra desde hace algunos años un proyecto de indudable importancia y trascendencia, sobre edificación escolar, presentado con verdadero dominio del asunto, por nuestro distinguido colega por Jujuy, señor senador Villafañe.

Como el proyecto representa la inversión de más de 200.000.000 de pesos, aunque se trata de una necesidad sentida en nuestro país, señalada por las autoridades que deben intervenir en el estudio de esta clase de cuestiones, la comisión no ha encontrado, por razón de las dificultades financieras de años anteriores, la

oportunidad de despacharlo, y ahora, en posesión de los informes del Consejo Nacional de Educación, coincidentes en líneas generales con los puntos de vista del autor del proyecto y de otros antecedentes, no menos importantes se ve no obstante su deseo de apresurar el trámite, en la necesidad de requerir el asesoramiento de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, por el monto enorme de la suma a invertir. Por esa causa, mis colegas de comisión me han indicado la conveniencia de solicitar al Senado que este asunto pase a estudio conjunto de las dos comisiones.

Sr. Presidente. — Se va a votar la moción formulada por el señor senador por Córdoba.

—Se vota y resulta afirmativa.

3

JUBILACION DE PERIODISTAS. — CONSIDERACION

Sr. Presidente. — Al orden del día.

Continúa en discusión el despacho de la Comisión de Legislación General en el proyecto de ley, en revisión, sobre jubilación de periodistas.

Sr. Landaburu. — Pido la palabra.

Necesito, señor presidente, ocupar por breves instantes la atención del Senado para hacerme cargo, siquiera sea sumariamente, de las consideraciones y argumentos invocados en la sesión de ayer por el señor senador por Santa Fe, doctor Caballero, para negar su voto a nuestro despacho sobre jubilación de periodistas.

No voy a seguir al señor senador por Santa Fe en todos los desarrollos que ha dado a sus ideas en esta materia y en todos los aspectos con que ha presentado sus observaciones al Senado. Las tomaré, para contestarlas, en su carácter más concreto y esencial.

Se trata, desde luego, de ideas viejas y conocidas del señor senador, expuestas ya en este mismo recinto, en gran parte en, 1923, con motivo de la sanción de la ley 11.289, a la que diera su voto, aunque con graves reservas en cuanto a la inclusión de los periodistas. Ideas que el señor senador por Santa Fe expone, —y me complace en reconocerlo—, con indudable entereza y que entrañan convicciones profundamente sinceras, pero a mi juicio también profundamente equivocadas.

El señor senador por Santa Fe ha hecho en la sesión de ayer referencias reiteradas a la

mencionada ley número 11.289, a la que ha entonado un verdadero himno. Frente a ellas, yo no podría guardar silencio, señor presidente, porque ese silencio podría tomarse como un asentimiento, que yo no puedo ni quiero prestar a las manifestaciones del señor senador.

Conozco ese asunto a fondo, como que formé parte de la Cámara de Diputados al sancionarse y suspenderse después esa ley. Integré la Comisión de Legislación del Trabajo que aconsejó, primero en minoría y después en mayoría, la suspensión de la misma, y expuse con toda amplitud los fundamentos de esa actitud en el discurso que pronunciará en la sesión del 27 de agosto de 1924.

No lo voy a leer, ni voy a reproducir los fundamentos que entonces aduje, porque no está en debate la ley 11.289. Quiero sólo referirme a algunos aspectos del asunto, en cuanto tienen vinculación con la forma en que el señor senador por Santa Fe lo ha traído a este recinto.

El año 1923 se caracterizó, parlamentariamente, por la presentación de numerosos proyectos jubilatorios en la Cámara de Diputados, por algo que podríamos llamar, sin exageración y menoscabo para nadie, como una verdadera manía jubilatoria. Fueron presentados el proyecto del diputado Vergara, de jubilación de periodistas, en la ley número 11.110, y otro amplio, que comprendía la jubilación de los profesionales liberales, que iba desde los artistas hasta las personas del servicio doméstico; otro proyecto del diputado Pereyra Rozas, para los empleados del comercio y de la industria; otro, del diputado Guido, para los obreros ec-realistas; uno del diputado Anastasi, para los empleados de la marina mercante; otro de los diputados Bard y Catalán, sobre periodistas y afines; y, por fin, uno del Poder Ejecutivo, que subscribía el presidente Irigoyen y su ministro Beyró, sobre jubilación de los empleados y obreros de la industria, del comercio y de las empresas periodísticas. Este último proyecto, que era amplísimo, estaba fundado en un mensaje que no ocupaba más que una página del Diario de Sesiones.

Sobre la base de esos proyectos, la Comisión de Legislación del Trabajo produjo un despacho en conjunto, aconsejando la sanción de la jubilación de los empleados de comercio, de la industria, del periodismo y de la marina mercante. Esa fué la ley número 11.289. Se comprendieron así los gremios más diversos, las actividades del trabajo más dispares, las condiciones de vida más diferentes, haciendo de eso el pri-

mer obstáculo para la sanción de la ley y para su aplicación en el país.

Yo no me voy a referir al fondo de la misma, señor presidente; quiero recordar solamente que esa ley no fué fundada ni informada ante el Congreso en cumplimiento de requisitos parlamentarios inexcusables que obligan a prece-der siempre toda sanción, sobre todo una ley de esa naturaleza y magnitud, de la información indispensable para que los miembros del Cuerpo se formen una opinión más o menos cabal a su respecto. El señor diputado Anastasi, que desempeñaba el rol de miembro informante, dijo solamente las siguientes palabras, que están en el Diario de Sesiones del 28 de septiembre de 1923: «Renuncio a informar por razones de brevedad y para conseguir que la ley se vote en este instante. Y así fué, señor presidente: con ese informe se votó la ley. Apenas se dejaron pronunciar algunas palabras en contra de la misma al diputado Bunge; no hubo debate ni discusión en particular porque nadie quiso hacerlo en virtud de que se resolvió limitar a cinco minutos el tiempo de que cada orador podía disponer para ello.

La ley, que no se había conocido a través de la información parlamentaria de práctica, comenzó a conocerse y comprenderse a través de las noticias que paulatinamente iban dando los diarios, y la gente, la prensa y la opinión pública empezaron a meditar sobre sus alcances y sobre las consecuencias que su aplicación podía tener en el país.

Se desató una opinión formidable en contra de ella, no una oposición de carácter simplemente patronal, como ha dicho el señor senador por Santa Fe, sino una oposición que también comprendió a una parte de los gremios a quienes presuntivamente iba a beneficiar; entre ellos, los periodistas y los empleados de la marina mercante empezaron a comprender bien pronto que se les había colgado, por decirlo así, un lastre demasiado pesado, que bien pronto habría de llevarlos, como los llevó, al abismo.

Esa reacción que provocó la sanción de una ley de tal magnitud y de tal naturaleza, sin estudio, sin examen y sin informe, fué condensándose poco a poco en las dos ramas del Parlamento Nacional; concitó en la Cámara de Diputados a casi todos los parlamentarios conservadores o de la derecha; a todos los socialistas de ambos matices que ya se insinuaban en aquel Cuerpo; a los demócratas progresistas y a varios diputados radicales antipersonalistas.

Fué así, y sólo así, que se pudo hacer mayoría para suspenderla, después de muchas intenciones y después de mucho trabajo en ese sentido. Fué suspendida por fin, para no entrar en detalles que considero innecesarios, en la sesión del 15 de septiembre de 1926.

Como se había hecho de este asunto una bandera de política electoral, con tendencias evidentemente demagógicas, esa sesión de la Cámara de Diputados, más que una sesión parlamentaria, asumió todas las características de una lucha de comité, fué poco menos que una acción militar. La diputación radical personalista se opuso por todos los medios a que esa ley fuera suspendida, y hay que reconocer que agotó sus esfuerzos en ese sentido. Se opuso, no con discursos, no con razones, no con el número que da el derecho de imponerse legítimamente en las soluciones del Congreso; se opuso con gritos, con denuestos, con imprecaciones, con golpes de pupitre, con hechos que en cierto momento amenazaron llegar a situaciones más graves. De tal manera, señor presidente, que esa sesión puede clasificarse, sin exageración de ninguna clase, como una vergüenza para el Parlamento argentino.

He querido hacer estas consideraciones y referir estos antecedentes para no dejar en el ambiente las sugerencias lanzadas por el señor senador por Santa Fe, acerca de la bondad y de las ventajas innegables de esa ley, que, según él, iba a resolver todos los problemas y todas las angustias sociales de los gremios comprendidos en ella.

He querido, también, recordar esos antecedentes para dar la raíz verdadera de la inmensa oposición que esa ley levantó más tarde.

De todas maneras, señor presidente, cualesquiera fuesen los beneficios que ella hubiese de aportar a los gremios que comprendía, lo evidente es que de ese antecedente no se puede desprender ningún fundamento para votar en contra de la jubilación de los periodistas, porque esa ley precisamente comprendía a los periodistas.

En esta parte me parece que el señor senador por Santa Fe confundía un poco el alcance de esta ley, con lo que fué su opinión y su posición personal en la misma, a la que dió, como he dicho, su voto en general en este recinto, pero haciendo grandes salvedades en cuanto se refería a la inclusión de los periodistas.

Quiere decir, entonces, señor presidente, que no está allí el verdadero fundamento del voto

adverso del señor senador por Santa Fe, que era preexistente a la sanción de esa ley y que motivó las consideraciones que adujo durante su sanción en este recinto, en 1923.

En esa oportunidad, el señor senador Cabañero, se refirió a un hecho conocido en la historia, no sólo en nuestro país sino en todos los países civilizados, hecho al que ha vuelto a hacer referencia en la sesión de ayer. Me refiero a la evolución de la prensa, a la transformación de la prensa doctrinaria y de ideas, en prensa comercial y de lucro, hecho, como digo, notorio y general, del que el señor senador ha pretendido desprender fundamentos para votar en contra de este proyecto de jubilación de periodistas.

En aquella oportunidad el señor senador recordó la actitud del general Mitre durante la guerra de Cuba, que le deparó molestias y perjuicios materiales para su diario, porque su conducta fué de defensa a la libertad de aquel país y porque el patricio prefirió sacrificar sus intereses materiales para mantener incólume su posición ideológica en ese asunto.

Recordó, también, y ha vuelto a referírnoslo en la sesión de ayer, un hecho relativo a la evolución del periodismo doctrinario de Francia, a la polémica entre Armando Carrell, adversario de la Restauración, y Emilio de Girardin, al duelo y al final trágico que tuvo, porque trajo la muerte del primero. El señor senador ha referido ese hecho, con una narración pródiga de detalles que adquirieron relieves singulares a través de su palabra emocionada.

El hecho es cierto, señor presidente, pero tampoco puede desprenderse de ello ningún fundamento valedero en contra de la jubilación de periodistas.

Hace muchos años que ya se hizo notar entre nosotros la evolución del periodismo doctrinario, en Francia, al periodismo industrial. En la famosa polémica mantenida por Sarmiento y Alberdi, tanto el ilustre tucumano como el genial sanjuanino, atribuían recíprocamente a su contendor el papel de Girardin, en su prédica por la prensa y en la actitud que habían asumido en esa histórica polémica. De manera que es un hecho que se ha notado en nuestro país hace muchos años, aunque en aquella ocasión, sin ningún fundamento en cuanto se refiere al concepto y a la posición de aquellos dos grandes hombres, porque los dos procedían movidos por estímulos más altos y patrióticos.

aunque los dos estaban profundamente apasionados.

Pero no sólo se ha hecho referencia a esa evolución de la prensa para desprender argumentos que se encaminaban a demostrar otras cosas, sino que se ha recordado, precisamente, con motivo de la sanción de una ley jubilaria de periodistas, y para apoyarla ante el concepto público.

Tengo sobre mi banca el informe presentado en marzo de 1925, al ministro de Higiene, Asistencia y Previsión Social y Trabajo de Chile, juntamente con el proyecto de jubilación de periodistas y de gráficos. En él se recoge ese hecho universal comprobado de la evolución de la prensa y se saca partido en favor de la ley que se propugna. La parte pertinente, que me permitiré leer al Senado, dice así: «Puede estimarse como desvanecida, para siempre, la edad ya remota del periodismo doctrinario, bien escrito y mal o incompletamente informado; y que, a la inversa, estamos —como asienta Varona— en la época del periodismo de noticias, que puede no estar bien escrito, pero que debe estar bien informado.»

Es ésta una evolución no susceptible de contrarresto, a mi entender; y, como observa el escritor oriental José Enrique Rodó, no se rebaja la importancia de la prensa ni se propende a adaptarla a un bastardeado utilitarismo cuando se le señala como carácter principal la función informativa que ahora tiene. Lo que ninguna otra forma de publicación puede suplir, lo que da al diario su fisonomía propia y hace su función predominante, es, en realidad la rápida y extensa difusión de los hechos que vinculan una porción grande o pequeña de interés general. Corresponde, pues, a mi ver, a los elementos «informadores» que trabajan en la prensa, el calificativo de periodistas en la época moderna, por lo menos con tanto derecho como a los periodistas que escriben «artículos»

No puede darse nada más concluyente, señor presidente, ni expresado en mejor oportunidad, para demostrar que de este hecho general, mundial de la evolución de la prensa, lejos de desprenderse consideraciones y argumentos en contra de la jubilación de periodistas, pueden extraerse argumentos útiles a ese propósito.

La evolución de la prensa doctrinaria y su transformación en prensa comercial, es un hecho notorio, derivado en gran parte de la exigencia del progreso y de la civilización en ge-

neral; de las nuevas formas del comercio y de la industria; de la exigencia de la reclame moderna, que requiere la difusión de los hechos que le interesan por todos los medios, en todas partes y con la mayor amplitud posible.

No reconocer ese hecho, no seguir ese ritmo, no aceptar esas conclusiones, sería detenerse en el camino del progreso periodístico.

Por otra parte, no hay absolutamente ninguna incompatibilidad entre la moralidad de la prensa, entre la existencia de la prensa de doctrina y de ideas, con la prensa que realiza esa tarea de información, esa tarea noticiosa, que cumple todos los amplios servicios que constituyen el periodismo moderno.

Nosotros tenemos en nuestro país ejemplos conocidos, que constituyen verdaderos arquetipos en apoyo de esta conclusión. No voy a nombrar a ningún diario argentino, porque está en los labios de todos los señores senadores. ¿Quién podría afirmar, señor presidente, que alguno de esos grandes diarios, de que nos enorgullecemos a justo título, habría de cambiar sus directivas doctrinarias e ideológicas, políticas o sociales, o habría de torcer el curso de su prédica en tal o cual asunto de interés general, por el halago de algunos avisos, por la ventaja que podría significarle el precio de alguna «solicitada» o algún anuncio?

Seguramente nadie lo creería en el país, dicho sea esto para honor nuestro.

Que hay prensa mala, es indudable, tanto aquí como en todos los países del mundo. Eso es tan antiguo como Gutenberg mismo. Siempre tendremos «vándalos de tinta y papel» — como los llamó Alberdi —, periodistas de lance, que hacen de la injuria, su primer arma dialéctica y de sus ventajas materiales, la primera preocupación de su prédica. Pero eso es excepcional. Al lado de esa prensa habrá siempre prensa grande, culta, doctrinaria, que se empeñe, día a día, en mantener y aun en superar el concepto altamente prestigioso en que está cimentada la opinión que todo el mundo tiene de la prensa argentina.

¿Que por la prensa se cometen delitos y faltas? Para eso hay, en el Código Penal, capítulos que se refieren a la sanción de los delitos que se cometen por medio de la prensa.

¿Que de esa evolución de la prensa debemos concluir que ésta reviste cierto aspecto comercial? ¿Pero acaso no tenemos leyes de jubilaciones para los empleados y obreros industriales? ¿No tenemos la ley número 11.110, que comprende a los de las empresas particulares que prestan servicios públicos? ¿Y no tenemos

la ley número 10.650, de jubilación de los ferroviarios y la ley número 11.575, de los banqueros?

Si exageramos ese criterio, derivado de ciertas o presuntas faltas de la prensa, tendríamos que llegar, también, a suprimir la ley de jubilaciones y pensiones civiles de los empleados de la administración pública, porque haya empleados que delinquen o que son inmorales y que no honran sus deberes. A pesar de ello, la institución jubilatoria se mantiene, como se mantienen en el Código Penal las sanciones condignas para estos delitos peculiares. No hay antítesis entre una cosa y otra. Y no se puede usar de una como argumento para ir contra la existencia de la otra.

En la sesión de ayer me he referido con cierta amplitud al aporte del Estado que algunos señalan como un privilegio para los empleados y obreros de la prensa. He dicho, señor presidente, que cualquiera sea el concepto que se tenga de la prensa no es posible negar que ella realiza, en cierta medida, una verdadera función pública, y si esa función pública no está en la parte doctrinaria, está, por lo menos, en los servicios de información y en todos los demás que cumple el periodismo moderno.

No se concibe, ciertamente, la existencia de una sociedad en nuestros tiempos, ni la vida moderna, sin la existencia de prensa con todos esos servicios que han llegado a ser indispensables para su vida y progreso.

No deseo, señor presidente, ocupar por más tiempo la atención del Senado. He tocado, así, al pasar, los fundamentos más salientes invocados en la sesión de ayer por el señor senador por Santa Fe, para negar su voto a nuestro despacho y me alienta la esperanza de haber conseguido disiparlos en el espíritu de los señores senadores.

No se concibe, señor presidente, la vida de un país libre, próspero, y moderno, sin la existencia de la prensa, buena o mala, grande o pequeña; no se concibe la existencia de esa prensa sin la vida de un conjunto de hombres que la sirven y que cumplen las tareas que constituyen su función integral, con entusiasmo, con fé, con dedicación, con independencia; y no se concibe una vida así llevada, para servir a esos propósitos, si al lado de esa existencia de trabajo, los poderes públicos no ponen la perspectiva modesta de una seguridad relativa para las incertidumbres de los años tristes de la vejez.

Nada más.

Sr. Caballero. — Pido la palabra.

Dije ayer que no pretendía polemizar al exponer las razones que oyó el Senado, y que no deseaba por ninguna razón de orden personal o política que me acompañara ningún senador en la actitud que iba a asumir. Después de escuchar al señor senador, no rompo ese propósito, pero tengo que contestarle algunas de las observaciones que me hace.

Por ejemplo, debo decir que él no ha tomado nota del fundamento que yo he dado para votar en contra del proyecto, que es el siguiente: que era un proyecto de privilegio que venía a favorecer a un gremio que había destruido un instrumento de redención popular y de dignificación humana, como era la ley número 11.289, donde él estaba comprendido. Que la razón de presentarse en esa forma el proyecto era lo que me determinaba a votar en contra, porque no podía olvidarme de la campaña dual que hizo, precisamente, la prensa contra la ley número 11.289.

En la primera época de la preparación de la opinión pública para la sanción de esa ley, toda la prensa del país, los grandes y pequeños diarios, cuando supieron que estaban incluidos los periodistas en los beneficios de la ley, fué auspiciosa para su sanción.

Cuando empezó la capitalización, que era indispensable realizar para acordar después de tres años los beneficios de la ley a muchas empresas periodísticas, —debían contribuir algunas con \$ 37.000 m/n. mensuales y otras con \$ 29.000 m/n. mensuales —entonces, la misma prensa que había auspiciado la ley número 11.289, los mismos grandes diarios, en unión con industriales y comerciantes que ahora son partidarios de la ley, de esa ley suspendida, iniciaron la campaña a que se ha referido el señor senador. De manera, entonces, que el fundamento que yo he dado de mi voto se refiere al carácter de privilegio que la jubilación del gremio de periodistas tiene.

La discusión de esta ley en el Senado no tuvo las características que el señor senador ha expresado que tuviera en la Cámara de Diputados. Aquí vino el proyecto de esa Cámara; la Comisión de Legislación, según mis recuerdos, la presidía entonces el doctor Vicente Gallo, y él hizo un informe completamente favorable a la misma, difiriendo conmigo, que me parece que era miembro de la comisión, en el concepto de la aplicación de la ley. El doctor Gallo consiguió un despacho que establecía los beneficios y efectos de la ley para la Capital de la República y territorios nacionales, nos-

otros sosteníamos que la ley, por las razones que ha dado, precisamente, ayer el señor senador por San Luis, doctor Landaburu, debía regir para toda la República.

Se discurrió ampliamente y se sancionó en esta Cámara, después de debates en los que aparecía la preparación de todos los que formaban parte de ella y se realizó un estudio bien profundo hasta de las condiciones económicas, que era lo que más se discutía respecto de esta ley.

Cuando surgió la idea de la suspensión de la ley, entonces las discusiones adquirieron todavía un carácter, diré, más de fondo. Se trajeron, durante tres o cuatro sesiones, por parte de cada uno de los señores senadores que tomaron participación en el debate, todos los motivos, las razones, las estadísticas actuariales y no actuariales que establecían la posibilidad y la seguridad de que la ley tendría sanción. Y yo recuerdo que un día me encontré con el señor senador Landaburu en antesalas del Senado siendo él diputado y en vista de los aportes espontáneos que llegaban a la Caja por parte de los patrones y de los obreros que habían comprendido la trascendencia de la ley, y que llegaban hasta 29.000.000 de pesos, le pregunté al doctor Landaburu si no le parecía que con todos los recursos posibles en manos del directorio y del presidente de esa Caja, esos aportes que sabemos nosotros por otra parte que existen en cuentas especiales de algunos Bancos, de algunas casas de comercio, si no le parecía, repito, que el atesoramiento llegaría a contar con 100 a 120.000.000 de pesos por año.

Recuerdo que el señor senador Landaburu, inteligente, comprensivo y sincero como es, me dijo: yo creo que sí se podría llegar a los 100 millones de pesos. Esa era la base económica de la ley.

Como no está en discusión la ley, no querría insistir mayormente sobre su concepto, que es distinto del concepto del seguro social.

La ley, con esa base, venía a establecer para todos los hombres de trabajo, una situación de decoro económico que contemplaban en el mismo plano a esos hombres que habían llegado por su esfuerzo en las luchas del trabajo y de la vida. Por ejemplo, lo que llamábamos entonces la clase media de trabajo, era la de los empleados de comercio. Esos hombres llegaban a tener remuneraciones que les permitía constituir una familia, educarla, ascender, en una palabra, a la clase media de la sociedad y superarla todavía. Entonces, esta ley venía no solamente a ampararlas cuando ya no pudieron

seguir desempeñando sus tareas, sino que también contemplaba la situación de la familia, pues no era justo que ascendida ella en la escala social por el esfuerzo, disciplina y capacidad de su jefe, al desaparecer éste o al disminuir sus fuerzas, esa familia descendiera nuevamente a la legión de los que se encuentran en la miseria, pues éste sería un círculo fatal en el que los hombres de trabajo se verían sino ellos, por lo menos los suyos, condenados para siempre a una situación de inferioridad económica.

El concepto de la ley era profundo. Actualmente cuando se ha visto que con el mismo espíritu que se va a jubilar a los marinos, se va a jubilar a los periodistas, esa misma gente que se siente desamparada, que ve una pérdida de 16 años de beneficios, provocará, sin duda, un movimiento de opinión a fin de conseguir también una jubilación.

Ahora esta hermandad que produce la ley entre el capital y el trabajo, no era una cosa inventada con propósitos electorales. ¡Qué esperanza!

Si yo permanecí dentro del seno del partido radical y me vinculé, lejos de la acción política, con el doctor Irigoyen, fué precisamente porque veía en él el afán de quebrar en la forma que fuera posible esta fatalidad social de las organizaciones individualistas, que abandonan al hombre a las fuerzas desconocidas del destino y de la imposibilidad económica. Esa era la razón por la cual yo seguí desde cerca ó desde lejos, generalmente desde lejos, porque estuve siempre lejos, cuando muchos otros de los que están ahora y estuvieron antes cerca de él, o a su sombra, no comprendían este aspecto de su acción política. Esa es la razón, repito, por la cual seguí sus inspiraciones.

De manera, que el concepto de la ley número 11.289, es puramente argentino. Ahora, ese mismo concepto se ha incorporado a la legislación de otros países. La jubilación de empleados de comercio de muchas regiones de Francia tienen ya el carácter que nosotros le dimos.

Ya no es el seguro social sino el amparo en la situación a que el hombre llega con su esfuerzo y con su trabajo íntegro. Esta ley, en aquella época pasó a la legislación de Cuba, pasó a Chile, donde no sé si se modificó el articulado.

Este es el hecho que yo quería aclarar, destacar: la ley se discutió ampliamente aquí.

Recuerdo, —y al efecto hice pedir el tomo correspondiente del Diario de Sesiones, pero desgraciadamente no se ha encontrado—, que los señores Bravo y Justo, que representaban en esta Cámara al Partido Socialista, se resolvieron en su actitud en contra de la que nosotros habíamos tomado, por el seguro social. Dijeron que era preferible sustituir esta ley por el seguro social. Me está escuchando el señor senador por Salta, que fué uno de los autores de la suspensión de la ley, y el doctor Serrey podrá decir si faltó absolutamente a la realidad de los hechos que aquí ocurrieron.

El señor Bravo dijo que había una comisión parlamentaria para estudiar el seguro social; que esa comisión se iba a expedir dentro de un plazo que estimó de 8 a 10 meses. Le repliqué, entonces, ¿y cómo es posible que ustedes, representantes en cierta manera, en cierta forma y en cierta extensión, de las clases medias y de los trabajadores, a quienes va a amparar esta ley, resuelvan suspenderla ahora en vista de esa promesa? El doctor Bravo me replicó, no recuerdo en qué forma, y el doctor Justo también. Pero yo le dije: ¡Eso es lo que quería hacer constar! —y para eso pido el testimonio del señor senador Serrey—, esa ley de seguro social no la verá el país dictada ni en diez años y habrán ustedes sacrificado esta otra que por lo pronto ampara un grupo grande de trabajadores, sin resultado alguno. Creo que han pasado dieciséis años y la ley de seguro social todavía no ha sido dictada en el país.

Esto con respecto a la ley número 11.289. Como no está en discusión no quiero seguir ahondando en sus antecedentes sino a través de estos recuerdos.

La manía jubilatoria de que habla el señor senador es exacta. Fué esa acción demagógica de los que quieren flotar en cualquier forma, sin pensamiento profundo y apasionado, la que desencadenó esos proyectos de jubilaciones.

Yo me opuse y me opongo y declaro que me opondré siempre a toda reglamentación o leyes de amparo en lo que se refiere al servicio doméstico, por un concepto que me es personal y que creo debo expresarlo al Senado: porque considero que el servicio doméstico es la continuidad de la familia; que en las cosas íntimas que se refieren a la constitución severa del hogar, donde el hombre encuentra la tranquilidad que no halla en los ambientes generales de la vida, nada sino la buena fe, la caballerosidad y la conducta correcta deben pre-

sidir las relaciones entre patrones y personas de su servicio.

De manera que con respecto a muchas de esas legislaciones, en las reuniones de bloque a las que no asistía casi nunca, me opuse completamente a que fueran ni siquiera tratadas, y creo que muchas de las que el señor senador ha citado no llegaron a ser consideradas en ninguna sesión de la Cámara.

Esta ley sí, porque se le puso esfuerzo de todas partes; y aquí ocurrió una situación distinta de la que el señor senador ha pintado. Fué aquí, precisamente, que se dividieron las fuerzas, diré así, que componían el Senado, y gran número de los señores senadores nos acompañaron o fueron con nosotros defensores de la ley.

Si mal no recuerdo los señores senadores por San Luis Mora Olmedo y Rodríguez Saá, el senador Vidal, el senador Funes, el senador Roca, el senador Saguier, del grupo radical, que defendió conmigo la ley, estuvieron porque ella se mantuviera.

He dado al señor senador los motivos de mi voto en contra del proyecto en sí. Las demás consideraciones de orden ideológico respecto de la prensa, también podría contestarlas, pero voy a resumirlas en lo siguiente: lo que yo no creo es que la prensa tenga, por lo mismo que ya está industrializada, el derecho, la facultad, que se atribuye ella, de dirigir con sus consejos a la sociedad y de orientarla; eso lo puede hacer solamente un diario doctrinario; un diario mercantil es muy difícil que pueda desprenderse de sus intereses mercantiles cuando éstos son los que le ponen a él también el yugo en el camino que tienen que seguir. He asistido yo, desgraciadamente, en mi larga vida, a situaciones evidentes de cambios de orientación de los diarios por motivos materiales, y precisamente ayer, si hubiera tenido tiempo de organizar bien mi exposición y mis recuerdos —cosa que no he tenido no porque el Senado no haya sido gentil conmigo al concederme la prórroga que he solicitado, sino porque he tenido otras tareas fuera de la ciudad y de mi provincia— hubiera citado la situación del general Mitre y hubiera dicho que él era entre nosotros el representante de esa prensa doctrinaria y que tal vez la sombra de él se proyectaba todavía en ciertos aspectos de la tribuna que le sirvió para expresar sus ideas. Yo no puedo negar la evidencia; he visto allí las colaboraciones de los hombres más destacados de mi país y si acaso no tuviera ese motivo de consideración

por ese diario bastaría recordar que allí hizo sus primeras armas un hombre a quien me ligó una profunda amistad, Leopoldo Lugones, que desde allí ha expuesto su pensamiento con tanta claridad con tanta sinceridad como probablemente no lo habrá hecho ningún otro escritor. Esas cambiantes en su espíritu, esas modificaciones en las ideas y en los conceptos, derivaban de la propia sinceridad con que él procedía y del profundo estudio a que se dedicó desde joven.

De manera que no tengo tampoco ninguna aversión personal por los diarios; les reprocho su manera de dar las noticias, que el señor senador ha recordado que son útiles y necesarias, pero que las dan siempre en forma tendenciosa, en forma que contemplan antes que nada sus propios intereses y orientaciones mercantiles, sin ninguna clase de consideración de cualquier orden que sea. De manera que ni como publicidad, ni como directores de opinión, pueden los diarios que se caracterizan por su situación de empresas mercantiles, pretender ese dominio y esta acción sobre la sociedad. Esto es una cosa que está concluida; todavía no está concluida aquí, pero quizá estas palabras que cambiamos en el Senado marquen el principio de la terminación de ese dominio irresponsable que la prensa ejerce.

El señor senador dice que no concibe país civilizado sin prensa; sin prensa libre habrá querido decir. Yo le he demostrado ayer que no existe prensa libre, con el concepto que nosotros tenemos, casi en ninguna parte del mundo civilizado. No existe en Italia, no existe en Rusia, no existe en Alemania, no existe en España, y muy limitada, en ciertos aspectos de su prédica que llamaré doctrinaria dentro de su industria, en Inglaterra y en Francia. Como una prueba de lo que dije ayer se me ofrece la oportunidad, no de pedirle al señor presidente medidas de cualquier clase que sean, pero sí, de decir que no es leal la conducta de los señores representantes de la prensa que asistían a esta reunión, con alteraciones de lo que aquí se dice. En Francia eso sería penado con la expulsión por un largo tiempo de los cronistas que alteraran el texto de una versión taquígráfica.

En el diario «La Razón» de ayer aparece que he hecho un elogio aquí del partido de la Liga del Sur de la provincia de Santa Fe, cuando precisamente lo que he dicho es que nosotros hemos agotado todos los medios combatiéndolos por su espíritu extranjerizante durante 8

ó 10 años. He señalado el ideario de ese partido como contrario a los principios básicos de nuestra nacionalidad, porque llegó a levantar a los hijos de extranjeros y a los extranjeros contra los argentinos de origen hispanoamericano, diremos, contra los españoles y contra los representantes en minoría de otras colectividades que no actuaban en política con el ardor con que actuaban ellos para explotar la situación económica de la plutocracia del sur de Santa Fe.

De manera que es completamente distinto lo que se me atribuye en el artículo de ese diario a lo que he dicho aquí. No digo esto porque me interese, porque, cuando he tomado esta actitud, ya se podrán imaginar los señores senadores que a cualquiera otra voy a llegar si mis medios y las circunstancias me lo permiten.

También, cuando me he referido a la publicidad, es en este sentido, señor presidente. La publicidad vertiginosa repito, es un mal de esta época y es un mal que felizmente ha podido ser atenuado un poco en los ambientes científicos, porque también allí se había infiltrado ese deseo de explotar ideas y hacerlas salir a la calle sin estar completamente comprobadas. En esto la prensa ha producido un estado de espíritu tan extraño a la seriedad de la ciencia que yo, realmente, a veces me despierto pensando que vamos a ver desaparecer los árboles de Buenos Aires porque a algún médico se le ocurra decir que hay en ellos algunos agentes que pueden provocar algún acceso de asma o resfrios continuados.

Esta publicidad no era conocida, aunque ya existía, por los hombres que han concebido los grandes sistemas científicos, filosóficos o biológicos. Cuando en las épocas básicas, cuando los pueblos estaban desarrollando los fundamentos sobre los que había de continuar la vida de la humanidad, la publicidad era completamente desconocida. Un hombre que recibía la sensación de que había llegado al conocimiento de una gran verdad, no se le ocurría publicarla en los diarios ni la entregaba a la inconciencia de la gente: se retiraba a una especie de meditación casi religiosa de su idea; después la comunicaba a hombres iguales a él; más tarde, a los discípulos que fueran dignos y recién después a las masas, a lo que constituía el ambiente donde ese hombre vivía.

Así se han hecho los grandes descubrimientos y las grandes conspiraciones de la historia. Por ejemplo, yo he seguido a Pasteur. Pasteur tuvo la sensación, por una lectura de Tácito,

de la posibilidad de encontrar en ciertos lugares de Francia los gérmenes que producen el carbunelo. Así pasaron como 10 ó 12 años y sólo transcurrido este tiempo, algunos de los discípulos que le rodeaban se enteraron de la extensión de su pensamiento. Recién después de comprobaciones secretas y muy largamente continuadas, la idea salió primero en la academia, luego en los centros científicos y después recién a la calle. Lo mismo tendría que decir de Newton, de Kepler, o de cualquier sabio.

Ahora, cualquiera se cree autorizado para lanzar una idea, no bien madurada todavía, a que la devoren, a que la extravíen, a que la deformen las masas más o menos sin defensa mental que lean los periódicos; éste es un mal que nadie lo puede negar.

De manera que tengo razones de fondo, primero, para oponerme al proyecto en general, y segundo, para hacer los considerandos que he hecho sobre el mal, sobre el peligro de la publicidad vertiginosa, diremos, y sobre los peligros inmensos de la publicidad mal intencionada y perversa. Yo he visto poner en la picota a todo el poder judicial de la Nación por diarios de Buenos Aires y todavía no sé que algún periodista esté por este motivo en la cárcel. He visto dilacerar la fama de ciudadanos ilustres que se sientan en este recinto, y han tenido que quedarse inermes ante este poder irresponsable, al que nadie le quiere pedir cuentas. Me parece que ha llegado el momento de anunciarles que esas cuentas se van a pedir. Nada más.

Sr. Landaburu. — Pido la palabra.

Voy a referirme simplemente a un aspecto de la cuestión en que ha insistido mucho el señor senador por Santa Fe y que se refiere a la posición adoptada por la prensa argentina frente a la ley número 11.289, para dar al Senado el verdadero sentido y la verdadera filiación de la oposición de una parte de la prensa a esa ley y para que no se cargue al resto del periodismo argentino una culpa que no tiene.

Es cierto que la gran prensa, en editoriales de aquellos días, que leímos todos, se opuso, por regla general, a la sanción de esa ley, demostrando sus inconvenientes y desventajas; pero la prensa organizada, los hombres de prensa para quienes principalmente se va a sancionar esta ley, mejor dicho, el Círculo de la Prensa, estuvo en favor de esa ley y es justo reconocerlo así.

Tengo sobre mi banca el «Boletín del Círculo de la Prensa» correspondiente al mes de junio de 1924, página 3, donde se expresa la siguiente resolución: «Con motivo del movimiento de opinión producido respecto al cumplimiento de la ley de jubilaciones, la comisión directiva decide hacer la siguiente declaración: «La comisión directiva del Círculo de la Prensa, como representante del periodismo, ratifica, una vez más, su adhesión entusiasta y calurosa a los principios contenidos en la ley número 11.289, que declara beneficiosa y justa en su finalidad, sin que ello importe desconocer la necesidad de las modificaciones que podrían introducirse en su articulado.»

Quiere decir, señor presidente, que la prensa organizada del país, en cuanto tiene en este Círculo, en este organismo, su medio más autorizado de expresión, no estuvo en contra de la ley número 11.289 y no es justo, entonces, hacerle cargar una responsabilidad y una culpa que en este caso no tiene.

Sr. Caballero. — Tiene razón el señor senador en lo que se refiere al apoyo de la ley que se sancionó en 1923; pero la ley que se suspendió en 1925, contó entre sus enemigos más destacados, no al Círculo de la Prensa, sino a los grandes diarios que antes la habían defendido.

Sr. Landaburu. — Como intérpretes de los intereses y de los sentimientos generales del país.

Sr. Serrey. — Pido la palabra.

Como el señor senador por Santa Fe ha hecho alusión a mis recuerdos, voy a decir brevemente cuál fué mi actuación en la sanción de la ley número 11.289.

Llegué al Senado por segunda vez el año 1925, cuando esta ley ya había sido sancionada.

Sr. Caballero. — La ley fué sancionada en el año 1923.

Sr. Serrey. — Por eso dije que llegué al Senado cuando esta ley había sido sancionada, y en el momento en que se producía un movimiento de opinión en contra de la misma, porque había sido dictada sin los estudios previos que correspondían y sin la información indispensable para ello, haciendo así imposible el mantenimiento de esa ley, porque comprometía la economía toda del país. Todo el mundo estaba de acuerdo en que esa ley era ruinosa, sin desconocerse por ello, en ningún momento, el concepto profundo de que todo hombre que llegue —después de prestar sus servicios en cualquier orden de la actividad humana— al término de su vida, debe tener asegurada una

vejez tranquila. De ahí que una ley como esa, dictada en las condiciones en que lo fué, sin cálculos, sin estudios, estuviera destinada al fracaso, por las razones que ha dado con tanta elocuencia el señor senador por San Luis.

El senador por Jujuy, señor Zabala, propuso la suspensión, que de hecho equivalía a la derogación de la ley, y la devolución de los aportes que se habían hecho, determinando la forma y manera como esa devolución debía hacerse. En el Senado hubo una sanción casi unánime, porque se comprendía que era imposible mantener un organismo destinado a ir a la ruina, antes de haber prestado ningún beneficio.

Sr. Caballero. — ¿Cómo casi unánime? Hubo 11 votos contra 8, y en un momento dado, estuvimos en mayoría los que sosteníamos la ventaja de la ley.

Sr. Serrey. — La Comisión de Legislación, de la que formaba parte, en mayoría, aconsejó la suspensión de la ley. Formábamos la mayoría, el señor senador Bravo y el que habla. En contra del despacho estuvieron los señores senadores Saguier, Caballero, del Valle, Antille y no recuerdo si algún otro senador, pero sí, recuerdo, perfectamente, que hubo inmensa mayoría por la suspensión de la ley, ya que era imposible su mantenimiento sin comprometer la situación general del país.

Sr. Caballero. — Pero si el Senado tenía quórum de 19 senadores el día que se votó la suspensión y yo he citado el nombre de 5 ó 6 senadores conservadores, además de los radicales que había entonces, ¿cómo puede decirse que había esa inmensa mayoría a que se refiere el señor senador?

Sr. Serrey. — Tal vez el señor senador se refiera a la sesión en que se aprobó la ley, pero cuando se consideró la suspensión, hubo mayoría considerable en favor. Se resistía esta ley por la falta absoluta de estudio que precedió a su sanción.

Sr. Caballero. — El señor senador se referirá a falta de estudios actuariales, pero la Comisión de Legislación, cuando aconsejó la aprobación de la ley, tuvo que haber realizado algunos estudios.

Sr. Serrey. — La suspensión tuvo casi la unanimidad del Senado; enorme mayoría.

Sr. Caballero. — Si estuviéramos discutiendo la ley número 11.289, le refrescaría la memoria al señor senador, trayendo el tomo del Diario de Sesiones correspondiente a ese año. Ahí están los cálculos actuariales perfectamente bien

determinados, pero como eso no es lo que se discute, no voy a hacerlo.

Sr. Laurencena. — Pido la palabra.

Voy a decir pocas palabras, porque no tenía el propósito de intervenir en esta discusión provocada por el señor senador por Santa Fe, en mi concepto, por una confusión lamentable.

La oposición del señor senador y los fundamentos que da, serían perfectamente conducentes y explicable si esta ley tratara de jubilar a los diarios o a las empresas periodísticas, pero como todos los senadores conocen, esta ley otorgará las jubilaciones de los empleados de esas empresas, y por lo tanto, parecen un poco extrañas a la consideración de este proyecto, las reflexiones que hemos escuchado respecto a la orientación de la prensa mundial sobre si es doctrinaria, si es comercial, si es industrial, etcétera.

La posición del señor senador por Santa Fe me parece semejante a la de un abonado de la Unión Telefónica que, fundado en el mal servicio de la empresa, pidiera la derogación de la ley de jubilaciones que ampara al personal y a los obreros de la misma.

Nada más.

Sr. Palacios. — Pido la palabra.

Como miembro de la Comisión de Legislación, he firmado el despacho que ha informado elocuentemente el señor senador por San Luis, doctor Landaburu. De manera que mi propósito es defenderlo, pero lo más brevemente que sea posible. Antes, desco referirme a palabras vertidas, en este recinto, por el señor senador por Santa Fe, doctor Caballero, con toda la consideración que me merece el distinguido colega...

Sr. Caballero. — Muchas gracias.

Sr. Palacios. — ... máxime cuando su situación es para mí simpática al defender solo, sus ideas frente a la casi unanimidad del Senado.

Pero yo no podría quedar callado después de las afirmaciones tan categóricas y sorprendentes, que ha pronunciado el señor senador Caballero respecto —no propiamente del contenido del despacho que estamos discutiendo— sino de ideas generales que conviene sean por lo menos rectificadas o aclaradas.

El señor Caballero habló de la prensa —tengo aquí la versión taquigráfica— como de un poder perverso que procede con malignidad, con hipocresía, lo que bastaría como castigo para que no votáramos el despacho que

beneficia a los agentes del mal. Y ha usinado, señor presidente, que no se le ataca a la prensa por temor de suscitar sus iras, iras que él no teme. Pero ¿es que nosotros, señor presidente, tenemos miedo a la prensa? Esto no puede contestarse sino con una sonrisa amable.

Si la prensa combate nuestras ideas, está en su derecho; y si algún pasquín nos agravia, podemos reaccionar violentamente contra el director del pasquín o contra el autor del artículo, podemos acusarlo criminalmente y hasta responder con el desprecio. Lo único que no podemos, si somos hombres honrados, si no tenemos que ocultar alguna cosa desagradable, es tener miedo.

A estas expresiones del señor senador Caballero no les doy importancia. Quiero referirme a otras afirmaciones categóricas y peligrosas, por ser pronunciadas en el Senado de la Nación por un representante del pueblo, del pueblo de la provincia de Santa Fe.

Dice el doctor Caballero: «En Italia, al establecerse el régimen totalitario del señor Mussolini, se ordenó a la prensa que no podía expresarse en contra de los intereses del régimen, y yo pregunto: ¿Cuál es la publicación que en Italia se atreve a pronunciarse en contra de esta notificación del dictador? Ninguna. No es Italia, a pesar de su régimen totalitario, un país no civilizado: es un país de los que marchan a la cabeza de la civilización, y no necesita —súbrayen la frase los señores taquígrafos—, *no necesita para desenvolverse este mal de la prensa libre.*»

El doctor Caballero hace una pregunta que yo no se la voy a contestar; voy a hacerla contestar por él mismo.

Tengo aquí un libro publicado en el año 1929: *Discursos parlamentarios y documentos políticos del doctor Ricardo Caballero*. En la introducción, el doctor Caballero declara que en él están coleccionados discursos y escritos actuales, de su juventud y de su edad madura. «Está ahí expresada, dice, mi profesión de fe radical y expuesta la doctrina que ha señalado rumbo definitivo al movimiento popular por cuyo triunfo he consumido las mejores horas de mi vida.»

En la página 313, el doctor Caballero, en un discurso pronunciado desde este mismo recinto, exalta la Revolución Francesa y declara que la prensa libre es absolutamente necesaria para la democracia. Sus palabras son éstas: «Cuando la democracia ha puesto al servicio de la redención económica del pueblo la idea de la coparticipación en lugar del salario, la idea de la cooperación para multiplicar su fuerza, la idea

de la asociación para defender las condiciones de su trabajo y de su vida y ha cubierto estas conquistas para hacerlas efectivas, con la red de los derechos políticos, con el sufragio universal garantizado que le entrega de verdad la soberanía, *con la prensa libre*, con la educación gratuita —la democracia ha dado una fórmula admirable de convivencia social, armonizando los derechos generales, con los derechos individuales, asegurando la posibilidad de un régimen social más justo y más feliz, al lado del impulso vigoroso y noble de la iniciativa individual en condiciones de desenvolverse en cualquier dirección de la vida.»

Nos ha hablado también, aun cuando no tenía relación con el asunto discutido, de los *frentes populares*, acaso con el propósito de rozar a algunos de los partidos que en alguna oportunidad hicieron mención de la unión de diversas agrupaciones. Nos ha hablado de los frentes populares contra los que él salió a la calle, dice, para oponerse a propósitos ocultos, y elogia a los conservadores por haberse opuesto a la acción de esos frentes populares.

Pero el doctor Caballero se olvida de que el precursor de los frentes populares en nuestro país es él. Quien primero habló y en este recinto, señores senadores, de la necesidad del frente popular contra los conservadores oprobiosos, fué el señor senador por Santa Fe.

Aquí está el Diario de Sesiones del Senado, tomo segundo, años 1925-1926. En la página 321 puede leerse lo siguiente: «Decía, señor presidente, que no tenía interés en que se llamase a los señores senadores para escucharnos, porque los imagino fatigados y porque no hablo en este momento para el Senado de la Nación, aunque hable en su recinto, hablo para el pueblo de mi país, porque tengo la pretensión de que mi voz ha de llegar al corazón de las multitudes argentinas porque nunca enmudeció, cuando ellas padecieron persecuciones en la noche del régimen y por ello les digo, las llamo a medir la gravedad de la hora, denunciando esta reacción organizada, para abatir todas las conquistas democráticas obtenidas al amparo del radicalismo y por el esfuerzo de muchos hombres de pensamiento del país. Yo quiero decirles a los elementos sanos que las forman, a los trabajadores, a los hombres de pensamiento, a los que representan las fuerzas efectivas de la Nación y quieren por sobre todas las disciplinas, verla desenvolverse majestuosa dentro de su tradición como la cuna de una democracia progresiva y generosa, que ha llegado el momento de oponer un *frente único a la*

reacción que se organiza. Contamos con nuestra historia cívica como bandera, con nuestra doctrina política y social, como molde para encauzar todas las aspiraciones y tendencias espirituales más avanzadas, nos sigue la confianza de los humildes por cuya dignificación hemos luchado, llámense proletarios, guardianes del orden público, maestros o soldados, y ojalá pudiéramos ver marchando paralelamente a nosotros —y no puedo pensar que el diálogo más o menos acalorado que hemos sostenido con el señor senador por la Capital, deba quitarme esta esperanza—, ojalá pudiéramos ver marchando paralelamente a nosotros otras fuerzas, también populares, que tienen fatalmente contacto con nosotros, como en este caso en que las libertades y la tranquilidad públicas están amenazadas.»

Proponía el frente popular al Partido Socialista. Y así se lo manifestaba al doctor Justo, que tomó la palabra y le dijo que no era posible, que él estaba en contra de ese frente popular, haciéndole notar las diferencias que existían entre el Partido Socialista y el señor senador Caballero. Como vemos, el señor senador es el precursor del frente popular contra la reacción conservadora. Y se explica que así sea, porque si los señores senadores leyeran el libro que tengo sobre el pupitre, verían que el *leit motiv* del señor senador Caballero es su odio por los conservadores por el daño que han hecho al país.

Véase esta muestra que encuentro en uno de sus discursos: «La gran obra de redención, más trascendental que el ciclo histórico que se cerró en Caseros, no la realizará el sufragio organizado por los *corrompidos grupos conservadores para llevar a los altos puestos públicos a los hombres de más baja mentalidad*. La realizará una gran revolución política y social, transformando con mano de hierro las condiciones morales del medio actual y dando una orientación idealista a la civilización argentina hasta ahora encauzada en el camino del más lamentable rastacuerismo.

«De esa gran acción no es capaz el *mitrismo, corrompido, sensualista y traidor; ni el roquismo, que es un conglomerado de vividores políticos; ni el autonomismo, que va en rápida pendiente a confundirse con el Partido Nacional, del cual lo arrancara una gran cabeza unida a un corazón esforzado*. El único partido capaz de llevar a cabo la obra de saneamiento de nuestro país, es el partido Radical, porque es el único que mantiene contacto con el pue-

blo, sin cuyo concurso no se funda nada estable.»

Y el señor senador por Santa Fe, que habla de la demagogia de los partidos materialistas que viven preocupándose exclusivamente de las cuestiones electorales y halagando a las bajas pasiones del pueblo, termina su discurso diciendo esto:

«Correligionarios y amigos: Los que estáis dispuestos a morir al pie de nuestra bandera, que lo es de vuestra redención, preparaos para la futura revolución radical.»

Y bien, señor presidente, no podemos, entonces, tomar en serio estas expresiones tan categóricas hechas por el señor senador por Santa Fe.

Sr. Caballero. — ¿De qué época es ese discurso, querría decirme el señor senador?

Sr. Palacios. — Como sabía que el señor senador me iba a hacer esa pregunta, me anticipé a expresar que ese discurso está en este libro (*lo exhibe*), publicado con el beneplácito del señor senador, en el año 1929, y en cuya introducción el senador Caballero declara que en él está consignada su doctrina y su orientación hasta ese año.

Pero si al señor senador le pareciera que ese discurso tiene veinte años, yo tengo otros pronunciados aquí, en que fustiga a los conservadores, mucho más recientes, y que podría leer. No creo que sea necesario.

Bien, señor presidente. He firmado como miembro de la Comisión de Legislación el despacho que acaba de informar el señor senador Landaburu. Es éste un proyecto que el Senado votará complacido, pues por él se asegura una jubilación justa al periodista, a objeto de que pueda consagrarse a su tarea sin inquietudes ni renunciamentos.

El despacho crea la Caja de Jubilaciones y Pensiones, para el personal de las empresas establecidas en todo el territorio de la República. Es decir, que se auspicia una ley de carácter general.

No fué así en 1935. Ese año, votamos una ley análoga a ésta, que fué observada por el Poder Ejecutivo. Entonces, la comisión propuso, y este criterio fué aceptado por la Cámara, que la ley fuera de aplicación en la Capital y territorios nacionales, exclusivamente, «por razones de orden constitucional», dijo el miembro informante, senador Correa.

Quiero dejar constancia de que el carácter restrictivo de la ley, se sancionó en el Senado con mi sola oposición. Supongo que el señor senador Landaburu votaría en contra porque

conozco perfectamente sus opiniones expresadas en muchas oportunidades y especialmente en un trabajo completo que él mismo ha citado, en que demuestra de la manera más concluyente que estas leyes deben tener, no un carácter restrictivo sino un carácter general para toda la República.

Sr. Landaburu. — Así es, señor senador.

Sr. Palacios. — Sostuve en esa oportunidad, de acuerdo a lo que vengo sosteniendo en el Congreso hace más de 25 años, desde que inicié la ley de descanso hebdomadario, que la Constitución nacional, no sólo nos autoriza a dictar leyes sustantivas, sino, que nos permite incorporar a los principios de fondo, disposiciones de procedimiento que sean de la esencia misma de las instituciones, y por ende inseparables de ella.

Afirmé que la ley de jubilaciones a los periodistas era una ley sustantiva, que está por su finalidad, comprendida en el precepto constitucional, consignado en el inciso 16º del artículo 67. No obstante mi oposición, el Senado aceptó el carácter restrictivo del despacho.

La ley fué vetada por el Poder Ejecutivo y cuatro años después, consideramos de nuevo la jubilación de los periodistas, pero esta vez felizmente extendiendo sus beneficios a toda la República, lo que significa aceptar la tesis que sostuve sin éxito en este recinto, en 1935.

Los periodistas contarán desde hoy, si se sanciona el despacho —como lo espero—, con una ley de amparo para la ancianidad o la invalidez, que suprimirá angustias e inquietudes y dignificará la profesión, permitiendo que el periodista ejerza una noble dirección espiritual, sin incertidumbres respecto al porvenir.

Nuestra prensa bien merece la preocupación de los legisladores. Hay una relación íntima entre el Parlamento y la prensa; ambas instituciones hablan en nombre de la opinión y se complementan. La prensa despierta y trae a la opinión pública que comienza en la conciencia social, por un sentimiento vago e indeciso, para transformarse después en un imperativo de la voluntad. Y nos sigue con ojo avisor; analiza nuestras iniciativas, juzga nuestras actitudes, critica nuestras resoluciones, y está bien que así sea.

Dije en otra oportunidad que si alguna vez nos ridiculiza o nos desacredita, no hay en ello un perjuicio social aunque hiera nuestra vanidad o nuestro amor propio. Todo eso debe contestarse con una conducta clara y limpia en la función pública.

El concepto amplio y generoso de la libertad de imprenta, que ya aparece, con nitidez en los primeros artículos de «La Gaceta» de Moreno, y que a despecho de eclipses transitorios se ha mantenido a lo largo de nuestra historia, es el que ha generado la dignidad y grandeza de nuestra prensa.

Todos los constructores de nuestra nacionalidad han sido periodistas en alguna época, y Alberdi, Sarmiento y Mitre, lo fueron durante toda su vida.

Entre nosotros, el periodismo, aun industrializado, conservó, siempre, un fondo de tendencia romántica e idealista.

Por su cultura, por su amplitud y dinamismo, se singulariza nuestra prensa, y por eso ha podido afirmar el embajador de un país poderoso, que de los cinco grandes diarios que hay en el mundo, dos son argentinos.

Y es un deber del Estado, una obligación moral de los legisladores el defender, consolidar y acrecentar ese bien público.

En un pueblo libre, como el nuestro, el periodismo constituye una especie de ejército civil, defensor de las instituciones y de los valores permanentes de la nacionalidad.

Es, pues, un acto de buen gobierno, de sencilla previsión y de elemental reconocimiento, el que entraña la sanción de este proyecto que, para ser completo, debería, desde luego, comprender también a los obreros gráficos.

Pero ya vendrá, más tarde, ese complemento justiciero de la ley, que, en este momento, quizás, dificultaría su aprobación o su ejercicio.

El periodismo es la continuación natural de la escuela; el vehículo de todas las ideas; el propagador de todas las verdades, y la tribuna principal de cualquier apostolado.

No existe un poder más grande de orientación y de educación que el de la prensa. En ella queda la historia de nuestra vida común y en ella se reflejan nuestras ilusiones y esperanzas de mejoramiento colectivo. Sus imperfecciones son las nuestras. Sus errores traducen nuestros defectos. Tratemos de enriquecerla y elevarla, que es el medio más seguro y eficiente de elevar el nivel de nuestra cultura.

No sólo no es el periódico, el enemigo del libro, como se suele afirmar, sino que es, por lo contrario, su mejor aliado, el que le da a conocer, el que difunde sus enseñanzas, el que suscita el deseo de leerlo o estudiarlo. Porque el periodismo es una especie de sistema nervioso de la sociedad, que transmite, refleja y proyecta sobre todos, los más altos pensamientos, an-

helos y emociones, que así se tornan comunes.

Y el periodista, humilde a veces, a veces ilustre por su cultura, que consagra la existencia a enseñar a los otros, a defender causas justas, a denunciar delitos y perseguir culpables; ese hombre abnegado, que desempeña alternativamente las funciones de maestro, de juez, de crítico, de defensor de principios morales e instituciones públicas, no tiene amparo ninguno del Estado, en su ancianidad o en su agotamiento prematuro.

Y esto, que en las épocas normales, sólo sería una injusticia, es ahora además, una grave imprudencia, porque entraña dejar en la inquietud permanente, a hombres que en su conjunto constituyen el medio de expresión de la conciencia nacional, exponiéndolos, en este instante caótico de corrupción, a las acechanzas de la venalidad.

Por eso, considero urgente y necesario, aun desde el punto de vista de la seguridad nacional, la sanción de esta ley previsor que pondrá a cubierto, en el porvenir, la subsistencia de esos meritorios servidores de los intereses públicos, resguardándolos de las angustias de la miseria y el desamparo y evitándoles las tentaciones lesivas de su integridad y su conciencia.

Enalteceremos de esta manera la misión del periodismo, asegurándole su independencia, consolidando y acrecentando su libertad espiritual, que es el bien supremo.

Sr. Caballero. — Pido la palabra.

Por supuesto que no está en mi deseo aceptar el debate político a que tan inesperadamente parece invitarme el señor senador Palacios, cuyas palabras gentiles agradezco. Pero no puedo dejar de establecer algunos puntos que se refieren a mi acción pública y que él ha referido a través de las lecturas fragmentarias de algunos discursos que he pronunciado. Precisamente, ese libro me fué solicitado por gente amiga y yo autoricé su publicación, sin consentir que se retirara nada de lo que había dicho en él, con la finalidad de que quien lo leyera encontrara una cierta unidad espiritual a través de sus páginas. A eso era a lo que yo aspiraba. Esa unidad espiritual es muy difícil desentrañarla, a veces, para el que lee con prevención y para el que lee fragmentariamente.

Yo he sido, en mi acción pública, partidario de una democracia limitada, de una democracia como la he sentido que surgía de los que realmente concibieron este ideal de gobierno para la sociedad. Cuando la democracia se es-

tableció por primera vez no tenía las características que le hemos visto asumir en estos últimos treinta o cuarenta años. La democracia era concebida para los países racialmente unidos. De manera, entonces, que se concedían ciertas condiciones a lo que se llama el voto libre, la prensa libre, la expansión de ideas muy contradictorias; no son tan dañosas en países de unidad racial. Así era en Francia, en Alemania, así ha sido en Italia, en Inglaterra.

Pero cuando nosotros hemos participado en esas luchas políticas tan arteras y tan confusas, faltaríamos a la sinceridad si no declararíamos que hemos visto hasta el fondo los vicios de la democracia tal como nosotros la hemos ejercido, y que hemos retrocedido espantados ante ellos.

Yo he luchado dentro de las filas del Partido Radical desde mi iniciación en la vida, no diré pública, sino política. Precisamente uno de los recuerdos más gratos que me ligan al señor senador por Entre Ríos, es que al lado de su padre me inicié en esta lucha del radicalismo, y con él, que era un hombre romántico, de pensamientos realmente sanos, de conducta caballeresca y sincera, muchísimas veces hemos conversado de este mal que se nos aparecía en inesperadas formas.

Con el señor Irigoyen yo tuve, después que él llegó al gobierno, la primera discrepancia de fondo, que me separó políticamente, casi para siempre. Nos aproximaron las circunstancias, pero nos separaba siempre el disentiimiento que se planteó entre nosotros.

Debo confesar aquí, que siempre fuí distinguido, de una manera especial, en nuestra relación personal.

La discrepancia se refería a un acto del señor Irigoyen, que yo me permití criticarle y oponerme públicamente, en la plenitud de su poder y de su prestigio: me refiero a la intervención a la provincia de Buenos Aires.

Cuando llegaron a la Cámara de Diputados los primeros rumores de que se iba a intervenir la provincia de Buenos Aires, es decir, que se iba a violentar y a olvidar lo que se había dicho que el radicalismo realizaría llegando por la paz al gobierno y con el concurso de los votos conservadores en la asamblea legislativa, creí de mi deber reaccionar. Porque nosotros habíamos sostenido en nuestras luchas políticas que dos eran los caminos que el radicalismo tenía para llegar al poder: uno, la violencia, la revolución, la conspiración militar, y

otro, la acción electoral, la acción por la paz. Al llegar el radicalismo al gobierno por la paz, sus procedimientos tenían que cambiar por completo, y debía aplicarse la doctrina que nosotros mismos predicábamos respecto a lo que el radicalismo realizaría en el gobierno.

Adviéndole el gobierno en forma inesperada para la orientación general de sus propósitos, ya no tenía otra misión histórica que cumplir que la de presidir desde el gobierno de la Nación, sin intereses políticos, la formación de núcleos cívicos de los partidos orgánicos que debían disputarse en el terreno de la legalidad la supremacía en el país.

Este era el concepto orgánico del radicalismo en el caso de que llegara por la paz al gobierno.

Tuvo principio de realización esta política cuando debió intervenir la provincia de Entre Ríos, por un choque que no recuerdo bien en qué consistía, pero creo que se refería a asegurar el funcionamiento de la legislatura para elegir senadores nacionales. El doctor Yrigoyen nombró a un hombre que era ajeno a su partido, y aplicó a esa provincia lo que se llamaba dentro de nuestras expresiones doctrinarias, el mínimo de intervención.

Pero vino después el caso de la provincia de Buenos Aires, y los primeros rumores señalaban la inminencia de su intervención total.

Lamento profundamente tener que decir en esta forma deshulvanada cosas a las que el señor senador me provoca, no para congraciarme con ninguna opinión conservadora, sino para decir la verdad de los hechos.

En aquel entonces, ocupaba una banca en la Cámara de Diputados. El doctor Yrigoyen había llegado a la presidencia de la República en las condiciones que los señores senadores conocen perfectamente bien. Los electores de Santa Fe lo consagraron presidente, y alguno de los señores senadores que están aquí presentes saben de qué manera se estrellaron los esfuerzos de los políticos coaligados frente a nosotros, para tratar de impedir la elección del doctor Yrigoyen. Nosotros cumplimos con el deber de elegirlo estando en franca disidencia ya con su política. Habíamos obtenido los 19 electores que él necesitaba para ser consagrado por la mayoría del colegio electoral, y nos pareció incorrecto el que uno solo de esos electores dejara de cumplir la misión que se le había confiado. De modo que estando en franca disidencia con él, lo consagramos presidente de la República. Una vez en el gobierno, se produce la incidencia de la provincia de Buenos Aires. En-

tonces, yo que creía y quería toda esta doctrina ideológica que el radicalismo nos había infundido y que nosotros habíamos predicado, me permití ir hasta la Casa de Gobierno a interrogarlo: ¿la provincia de Buenos Aires va a ser intervenida en la forma que se dice? Me contestó que sí, el 25 de abril del año de la intervención. Doctor Yrigoyen —repuse—, lamento profundamente esta desviación de la doctrina, pues estaba muy contento con ese mínimo de intervención aplicado a la provincia de Entre Ríos y tenía la esperanza de que todas las cosas que se habían prometido y que se habían hecho ya, se realizaran de conformidad con nuestra ideología y nuestra prédica. Esto de intervenir Buenos Aires, estando usted, doctor Yrigoyen, en la plenitud de su poder y de su prestigio, nada más que por derrocar a un gobierno que le fué adverso, me parece un error de fondo, que compromete la doctrina del partido y que desde este momento nos embarcará en las disidencias más inesperadas.

El doctor Yrigoyen trató de convencerme de que eso no iba a ocurrir y llegó a decirme que no hablara en la Cámara de Diputados oponiéndome a la intervención a Buenos Aires. Yo no obedecí su indicación, y cuando llegó el proyecto de intervención a Buenos Aires, me opuse a él en nombre de la doctrina radical, en un discurso en el que, sin tener yo ninguna clase de vinculaciones con las fuerzas conservadoras a las que había combatido, las defendía con el mayor calor y con la mayor decisión. Este fué el motivo político que a mí me separó para siempre —políticamente— del doctor Yrigoyen, pero seguí el aspecto social de su política, y en ese sentido, le acompañé siempre ante la incompreensión de muchos de los que no encontraban en él, sino al jefe de una agrupación política que iba a imponer las soluciones generales del país.

El discurso a que se ha referido el señor senador, lo pronuncié, me parece que en el año 1906, cuando fracasada la revolución del 4 de febrero nos lanzamos de nuevo a la conspiración. Se preparaba ese estallido y se preparó durante largos años hasta que llegó a la presidencia de la República, el doctor Sáenz Peña; todo lo demás, es más o menos conocido de los señores senadores. El doctor Sáenz Peña abrió el comicio de Santa Fe para el radicalismo. Y voy a decir aquí algo que siempre he tenido muy secreto y que no pensaba sino publicarlo después. Fuimos nosotros los que desviamos la acción del doctor Yrigoyen, tal vez

equivocadamente, al inducirlo a que aceptara la concurrencia al comicio de Santa Fe; pero él se opuso siempre y recuerdo que cuando nos dió el asentimiento para concurrir a ese escenario que abría el presidente Sáenz Peña, con una intervención amplia, nos dijo: desde este momento el sentido de ese movimiento, y su orientación ya ha cambiado para siempre. Pienso que para llegar por la paz, él nos ha sido concebido; vendrán las situaciones electorales, verán ustedes, al revés de lo que pasaba en la época de la conspiración en que se podía elegir el amigo, el hombre de acción, el hombre que inspira confianza, tendrán ustedes que sumar votos e ir del brazo aunque no les parezca bien, lo mismo del mejor hombre que del peor hombre, siempre que sea un agente electoral. Nosotros declaramos que a esa acción electoral concurriríamos, después de largas discusiones con el doctor Irigoyen. Y allí mismo empezó nuestro desencanto, en 1912. No niego ninguna de las afirmaciones que haya podido hacer en mi vida; pero frente a las palabras, frente a los párrafos leídos por el señor senador, doctor Palacios, de la época ardorosa de la conspiración militar y política, cuando nosotros teníamos desde lejos esta impresión del régimen, no puede extrañar el apasionamiento...

Sr. Palacios. — ¿Me permite el señor senador?

Debo recordarle que exactamente pronuncié esas mismas palabras en el Senado, el año 1925, que yo no quiero leer porque no es mi propósito atacar al señor senador sino simplemente defender la tesis contraria a la del señor senador...

Sr. Caballero. — Acabo de decirle al señor senador que mantengo mis palabras y que oportunamente aceptaré el debate con toda amplitud.

Sr. Palacios. — No se trata de las palabras pronunciadas solamente en 1906 sino también, como acabo de decir, de las de 1925, y si el señor senador escucha un momento se las leeré: «No puedo aceptar, sin decirlo y sin protestar, la acción de hombres, que se cubren con el vocablo histórico para introducir en nuestras filas la confusión y el desencanto, para servir desde ellas al privilegio y a la reacción, para seguir con una denominación hoy, con otra mañana, la vida de *delincuencia política* que hizo de sus nombres la siniestra síntesis de un pasado que creíamos ya muerto».

Sr. Caballero. — También voy a referirme al año 1925, si me permite el señor senador. Acabo de decir que no retiro ninguna de las palabras que he pronunciado a través de mi vida.

Sr. Palacios. — ¡Eso demuestra la firmeza de sus convicciones!

Sr. Caballero. — Sobre todo, demuestra la línea de conducta que he seguido. No sé qué hombre afiliado a cualquiera de los partidos militantes se hubiera atrevido, en esa situación, como recordarán los señores senadores por la provincia de Buenos Aires, aquí presentes, a enfrentarse con el doctor Irigoyen, en defensa de una situación que me era desconocida.

Sr. Palacios. — ¿Por qué no podría enfrentarse? ¿Qué tenía el señor Irigoyen para que un hombre no pudiera enfrentarse con él?

Sr. Caballero. — Tenía el prestigio enorme de su popularidad y el poder inmenso del gobierno.

Sr. Palacios. — Pero eso no bastaba.

Sr. Caballero. — De todas maneras, yo hice la defensa de la situación conservadora de Buenos Aires, y le hubiera agradecido al señor senador —va que trae cosas que se refieren a mi pasado—, que hubiera traído también esas, para ser bidalgo conmigo.

Sr. Palacios. — El señor senador no hizo la defensa de los conservadores cuando la intervención, sino, así lo ha dicho, la defensa de su doctrina radical. No podía hacer la defensa de los conservadores ni formar parte del grupo conservador, si mantenía su línea de conducta, un hombre que calificaba de *delincuencia política* la obra de los conservadores.

Sr. Caballero. — Muy bien, señor senador.

Llegan las referencias del señor senador al año 1925. La razón de mi vinculación de orden ideológico con el gobierno del señor Irigoyen la he expresado con toda claridad. Cuando vi provocarse el año 1925 lo que se llamó el «*contubernio*», es decir, la unión, para fines meramente políticos, de elementos radicales con elementos conservadores, yo combatí esa alianza porque no tenía otra finalidad que la acción política en el país. No tenía ningún principio de éstos que han seducido mi acción en la vida, que pudiera hacerme simpatizar con ella. Había el propósito de desalojar de las posiciones públicas o de la influencia política nada más que el nombre del doctor Irigoyen. Por eso, fui contrario a la coalición de los antipersonalistas o radicalismo que rodeaba al doctor Alvear con los conservadores. Cuando presencié

la caída del radicalismo, el 6 de septiembre, fuí el primero en ver con tristeza esa caída, aunque estaba alejado completamente de toda acción, de toda influencia, de todo contacto político con el gobierno del doctor Irigoyen. Contemplé azorado cómo se derumbaba un poder que parecía afianzado en una base popular tan amplia, y contemplé también entristecido la forma en que el jefe de ese partido y de ese gobierno fué abandonado por sus correligionarios. Entonces, yo no tuve ninguna razón para oponerme a la revolución del 6 de septiembre, porque vi que esa crisis era fatal, dadas las características de los últimos años del gobierno del doctor Irigoyen. Y, al no tenerla, creí en la posibilidad de la reorganización de las fuerzas políticas radicales para servir, a los propósitos del mejoramiento público y de algunas ideas sociales de que hablaba el general Uriburu; sobre todo para que el radicalismo no se dispersara iniciamos su reorganización en Santa Fe. Pudimos unir todos los núcleos radicales de la provincia y llegamos, tal vez, a un estado de poder en la opinión que nos hacía concebir la idea de triunfar en una acción legal.

En eso estábamos empeñados, cuando interrumpió, como recordarán los señores senadores, esta labor pacífica, no diré de colaboración sino de acción dentro de la legalidad relativa que ofrecía el gobierno del general Uriburu, el estallido del movimiento militar de Corrientes. Entonces, se suspendieron las elecciones y se terminó la acción electoral con los acontecimientos que son de todos conocidos.

En estas circunstancias, aparecieron frente a nosotros fuerzas organizadas que indudablemente, aunque no lo dijeran en público, tenían el propósito de una coalición política de otro carácter, que ya comprometía la estabilidad social del país sobre la que estábamos viviendo lo mismo los partidos que habían sido de origen radical que conservador. Esa coalición del frente popular se realizó especialmente en Santa Fe y aparecieron demócratas progresistas, socialistas y comunistas en una acción completamente definida.

Sr. Palacios. — Pero el señor senador buscaba la coalición con los socialistas en este Senado. Se la proponía al doctor Justo y éste la rechazó.

Sr. Caballero. — Le diré al señor senador que si estuviera con ánimo de seguir este debate le contestaría minuciosamente todas esas cosas.

Se refiere especialmente a la acción social que nosotros procurábamos que fuera paralela.

Sr. Palacios. — No, señor senador; se refiere a la lucha contra la reacción conservadora.

Sr. Caballero. — Todo lo que el señor senador ha leído arranca de la discusión de la ley número 11.289.

Sr. Palacios. — Pero, ¿no ve el señor senador, que en sus discursos de 1906 el *leit motiv*, es siempre «los conservadores con su delincuencia política»?

Sr. Caballero. — Por más que insista el señor senador en esa afirmación, no me va a desviar de la línea política que me he trazado ni tampoco de esta actitud de asumir la responsabilidad de todo lo que he dicho, tanto frente a los conservadores como a los radicales.

Quería explicar que nosotros nos separamos de la política del doctor Alvear, como se separaron muchos conservadores de la coalición conservadora y radical en el año 1925 porque veíamos unos y otros una combinación meramente política sin ninguna trascendencia. Este fué el motivo y la causa de nuestra separación y de nuestra acción en favor de la política que encabezaba el doctor Hipólito Irigoyen.

Ya decía al principio, señor presidente. Estaría dispuesto a afrontar este debate político y creo que lo anuncié en la exposición de ayer, con toda la amplitud que se quiera, cuando llegue el momento que llamaré natural para asumir actitudes, para definir posiciones y para sostener ideas. Con motivo de esta jubilación de periodistas, realmente...

Sr. Palacios. — Hay que reconocer que ha sido el señor senador el que la ha provocado.

¿Me permite una breve interrupción, ya que no desearía tener que usar nuevamente de la palabra?

El señor senador habla de su disenso con el doctor Alvear, pero fué por otras razones. Véase lo que dijo el señor senador en 1929: «He aquí que nuestro disenso con el alvearismo de origen radical que como lo veis, es fundamental; él pretende detenerse en el usufructo del gobierno para una clase, para lo cual se apoya en los hombres del régimen que envilecieron y subastaron a la República; nosotros abandonamos todos los halagos de un partido triunfante y preferimos desgarrar las entrañas de ese partido, antes que traicionar la esperanza del pueblo.»

Repudia a Alvear, porque según él, el doctor Alvear estaba con los conservadores.

Junio 23 de 1939

CAMARA DE SENADORES

10ª Reunión. 9ª Sesión Ordinaria

Sr. Caballero. — Repudié, señor senador, la unión con fines meramente políticos del gobierno emergido de nuestra acción con los hombres que lo habían combatido. Eso es lo que repudié.

Sr. Palacios. — Pero ese disentimiento era absurdo, tratándose de un hombre como el doctor Alvear, que es un caballero perfecto, que ha tenido una línea de conducta admirable, y a quien no se le puede reprochar ningún acto de su vida.

Sr. Caballero. — Me parece que ésta es una cuestión completamente fuera de discusión.

Sr. Palacios. — Eso también lo creo yo. (*Risas.*)

Sr. Caballero. — De manera que esta observación hipotética del señor senador, en realidad, la contesto en atención a que me ha aludido; de lo contrario, habría rehuído este debate, por ese motivo, porque me parece que no es natural que lo tengamos; pero si el señor

senador se empeña han de llegar otras oportunidades y tendremos ocasión de encontrarlos.

Sr. Eguiguren. — Estamos tratando la cuestión de jubilaciones de periodistas. Hago indicación para que volvamos a la cuestión.

Sr. Caballero. — Bien, volvamos a la cuestión.

Sr. Eguiguren. — Corresponde votar, señor presidente.

—Se llama para votar, y luego de unos minutos de espera, dice el

Sr. Presidente. — Ha quedado sin número la Cámara. Queda levantada la sesión.

—Era la hora 18 y 15.

RAMÓN COLUMBA.
Director de Taquígrafos.